

Candelabros de huesos: la segunda vida del objeto en la obra de Jaime Osorio

PRISCILA SOLÍS OCHOA*

I hate slick and pretty things. I prefer mistakes and accidents.

*Which is why I like things like cuts
and bruises –they're like little flowers.*

— David Lynch

En la pulcritud estética del capitalismo tardío el residuo es una presencia incómoda. Lo que deja de funcionar o se oxida, se esconde, se entierra o se desecha para no contaminar la fantasía de la mercancía siempre nueva, brillante y perfecta. En contra de esta lógica, Jaime Osorio reconoce en el residuo una potencia política y evocativa latente, una forma de resistir y de crear belleza a partir de lo que alguien más ha considerado fútil. Una mañana soleada de febrero, el sociólogo y artista de origen chileno nos recibió en su hogar en la Ciudad de México. La primera obra que nos muestra se encuentra ubicada en su jardín, justo debajo de una frondosa bugambilia. Se trata de una instalación escultórica compuesta por troncos cortados que están pintados en rojo, negro, gris y púrpura. La pieza se integra orgánicamente con el entorno natural, reposando sobre un tapete formado por las hojas caídas del jardín y el verde del pasto, destacando que el origen de la escultura comienza en la naturaleza misma. Frente a esta instalación se sitúan un par de sillas amarillas cuya tonalidad enciende la vibración de los morados en los troncos, generando una armonía cromática viva en el centro del espacio. Esta disposición invita al espectador a habitar la obra, permitiendo que sea envuelto por una atmósfera sensorial definida por los aromas del jardín, el canto de los pájaros y la luz del día. Osorio explica que la inspiración para ésta y todas sus obras, proviene directamente de los materiales,

*Socióloga por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

encontrando en ellos posibilidades infinitas de creación a partir de lo que parecería haber concluido su ciclo funcional.

Al ingresar a la casa, la atención es capturada por el destello de una mesa de cristal que exhibe diversas piezas elaboradas con resina combinada con metales. La crudeza original de estos metales –tubos de cobre y un candado abierto– adquiere una cualidad delicada cuando la luz del sol se posa sobre ellos. También destaca un móvil que cuelga de su techo, confeccionado a partir de elementos cotidianos recuperados: una lata, una hornilla y algunos aros de metal de los cuales cuelgan campanas perfectamente apiladas. Objetos olvidados y un tanto oxidados que parecieran no tener mucho en común, más allá de la textura, pero que adquieren una perfecta armonía al agruparse y colgar sobre la estancia.

Osorio se describe a sí mismo con humor, como un *chacharero*, manifestando una profunda pasión por recorrer los deshuesaderos y tianguis de antigüedades de la ciudad en busca de objetos desechados por otras personas. Su rango de recolección es amplio y diverso, abarcando desde tornillos y botellas de vidrio, hasta trampas para osos. Al preguntarle sobre su proceso creativo, explica que este se activa cuando los materiales capturan su atención visual; es en la singularidad del objeto encontrado donde descubre el potencial para iniciar un nuevo ciclo plástico. Nada es planeado, simplemente dialoga con los objetos, texturas y materiales que le capturan.

El cuidado estético del artista se extiende también a su producción intelectual y editorial. Ha publicado obras importantes como *Fundamentos del análisis social* y *El Estado en el centro de la mundialización*. En ambas, el autor ha intervenido en las portadas, reconociendo que para él la imagen posee una relevancia equiparable a la del contenido teórico, por lo que la mayoría de sus libros publicados incluyen un cuadro de su autoría. En sus procesos de diseño más recientes, el autor ha colaborado estrechamente con su hija, Alejandra Osorio, a quien describe como una creadora de *collages* digitales maravillosos. Jaime se involucra activamente en esta dinámica creativa dando el visto bueno final, buscando siempre que la imagen juegue de manera sugerente y armónica con el título del libro.

Al indagar sobre el vínculo entre su labor como sociólogo y su práctica artística, señala que se trata de dos actividades sumamente celosas que demandan la totalidad de su tiempo de forma excluyente. Explica que “al momento de realizar un cuadro o una escultura” no se encuentra pensando en la política, la economía política, la teoría sociológica o la teoría epistémica. El motor de su producción artística es el gusto estético, un impulso de naturaleza distinta al

estudio académico. Define este campo como una dimensión orientada específicamente hacia el agrado por los materiales, las texturas, los colores, las combinaciones y la organización de los espacios. Ambas facetas son imprescindibles en su vida, pero operan de manera separada: cuando prepara una exposición, su mente está volcada por completo en resolver problemas plásticos en el taller, impidiéndole escribir; de igual modo, cuando está inmerso en la escritura de un libro, el trabajo teórico absorbe su energía, limitando sus visitas al taller a intervenciones menores. Ambas disciplinas exigen que el autor se empape por completo del tema para hallar sus respectivas soluciones.

Para entender la poética del desecho en su obra, es necesario volver a su infancia en Chile. Frente a la pregunta por su primer encuentro con el arte, el sociólogo evoca una imagen de su niñez: el patio de sus padres, los perros familiares y los huesos de un corte de carne con médula que frecuentemente se comía en su hogar y que posteriormente eran pulidos por los perros. Recuerda haber encontrado belleza en el blanco de los huesos después de ser roídos por los canes, llamaba su atención la diferencia de formas y tamaños en estos, así que decidió comenzar a juntarlos e influenciado por la costumbre de su madre de prender veladoras a los santos, decidió convertir los mismos en candelabros. Fue allí donde, sin darse cuenta y utilizando los desechos abandonados en los rincones del patio, despojados de su naturaleza sangrienta y transformados en reliquias talladas por los colmillos de sus perros, Jaime creó sus primeras piezas. En este acto fundacional se revela la esencia de su *praxis* artística: la transformación del remanente de la muerte en un soporte para la luz. Reconoce que desde ahí ha trabajado con lo que encuentra en su entorno.

Este impulso creador convivió tempranamente con su formación intelectual: por las mañanas cursaba la Licenciatura en sociología y por las tardes se formaba en bellas artes. Sin embargo, la agudización de la lucha de clases en un Chile convulsionado demandó su participación activa. Tras enrolarse en una organización política y asumir la presidencia del Centro de Estudiantes de Sociología, las exigencias de la militancia desplazaron las horas de taller, obligándolo a interrumpir sus estudios artísticos. Poco después, el quiebre democrático provocado por el golpe militar contra Salvador Allende forzó su traslado a México. No obstante, continuó su formación artística complementando su curiosidad autodidacta con talleres de soldadura, tallado de madera y otras técnicas elementales. También reconoce apoyarse en videos sobre cómo trabajar algunos materiales como la resina y encontrar inspiración en sus hijas y nietos, quienes crean a partir de otras técnicas.

Señala que la actividad intelectual es un ejercicio de vuelo y abstracción; la escritura teórica atrapa, suspende el tiempo y, por momentos, desancla al pensador de la inmediatez cotidiana. Tras las jornadas inmersas en la teoría, el aterrizaje en la realidad exige un contrapeso. Es en el trabajo con las manos, en el contacto directo con la aspereza del metal o la densidad de la madera, donde el profesor encuentra su eje. Esta necesidad del quehacer manual como un acto de cordura y equilibrio, evoca de manera inevitable la imagen de León Trotsky en su exilio en Coyoacán, quien alternaba el trabajo intelectual con el cuidado de su jardín y la crianza de gallinas y conejos. Para Osorio, el taller no es un escape, sino un retorno vital para evitar el desequilibrio de habitar únicamente la cabeza.

En ese sentido, el método cede ante la intuición y el accidente. A diferencia de las ciencias sociales, donde la rigidez metodológica frecuentemente rechaza el azar, en la plástica de Osorio la suerte desplaza al plan. Por poner un ejemplo, el artista rechaza el uso de moldes seriados para la resina porque prefiere no planear el resultado final. Su proceso es un diálogo de paciencia y distancia: abandonar una pieza a medio hacer, retirarse y regresar al día siguiente para retomarla desde una perspectiva insospechada. Es ahí donde el error se convierte en potencia creativa. Recuerda con fascinación que en alguna ocasión un cuadro que decidió “echar a perder” porque no le convencía, mutó por la propia lógica del accidente en una obra que terminó por seducirlo. Admite ser su primer dictaminador: la obra debe complacer primero su mirada antes de enfrentarse al escrutinio público. Valora la autenticidad y el ser fiel a uno mismo como cualidades humanas.

La autenticidad y estilo se percibe con tan solo cruzar el umbral de su hogar. En el corazón de su casa descansa un espejo recuperado, una antigua estructura de cantina hallada en La Lagunilla cuya superficie sostiene pequeños trozos de vidrio sobrepuestos. Al mirarse en él, el reflejo no es nítido ni continuo; se ofrece fragmentado, multiplicado en aristas que desafían la mirada inmediata. En este objeto se sintetiza la estética del artista: encontrar belleza en lo que el canon dictamina como tosco y obligar al espectador a mirar más allá de lo evidente, a descubrir las posibilidades latentes en lo que ha sido trizado. Su arte no busca deliberadamente la provocación, pero reconoce que la renuncia a los materiales clásicos posee, en sí misma, una carga disruptiva.

Recuerda que el tránsito hacia lo público ocurrió gracias al impulso de su colega Andrés de Luna, quien fue el primero fuera de su entorno íntimo en descifrar el valor de aquellas piezas que habitaban su casa y, después de que

el artista preguntara su opinión sobre las mismas, sugirió que estas fueran exhibidas. Desde entonces, bajo el rigor de seleccionar una temática específica para cada muestra y con el apoyo colectivo para la edición de sus catálogos, la obra de Osorio ha encontrado espacios de exposición como la Casa de Cultura de Tlalpan y las propias galerías de la Universidad Autónoma Metropolitana.

En este número de *Veredas*, el autor devela por primera vez una serie de *collages* confeccionados con papeles de tonalidades vibrantes. Esta propuesta cromática marca un quiebre con su paleta habitual, caracterizada por la sobriedad y crudeza de sus materiales cotidianos: el gris de los metales, el ocre del óxido y los matices beige de la madera. No obstante, representan lo lúdico y espontáneo que podemos encontrar en toda su obra, donde la frescura visual y la libertad creativa son esenciales.

La trayectoria del Dr. Jaime no puede desvincularse de la geografía institucional que lo acogió. Profesor de la UAM desde 1981, tras haber realizado su doctorado en El Colegio de México y un breve paso por la administración pública, el distinguido académico profesa un profundo afecto por la universidad, a la que define como una metáfora viva del propio México: un territorio diverso, complejo y generoso que lo recibió en el año 1974.

Para el pensador que ha dedicado décadas a entender los procesos políticos y sociales, el aula sigue siendo el espacio de mayor vitalidad. Admite que lo que más le apasiona de la docencia es el diálogo horizontal con las generaciones jóvenes. Enseñar es, para él, un acto de escucha y aprendizaje que se despliega desde los sentimientos, atendiendo a la forma en que la juventud se para ante la vida, se expresa y mira su entorno. Osorio confiesa aprender del mundo incluso a través de la vestimenta de sus alumnos; en esa renovación constante de miradas, el profesor se reconoce rejuvenecido. A pesar de que admite ser un profesor casi por naturaleza, puede reconocer la belleza en el intercambio, aceptando que es, al mismo tiempo, un estudiante.

Al final, los candelabros de huesos de su infancia en Chile y las aulas de la UAM Xochimilco se unen en el mismo gesto: el de un profesor que, ya sea frente a un grupo de estudiantes o ante un trozo de metal oxidado, posee la mirada noble para descubrir una luz donde otros solo ven funcionalidad y cotidianidad. La fascinación de aquel niño por los desechos de su patio se mantiene viva.



Metamorfosis

JAIME OSORIO



Constelación

150 x 180 cm

Madera



Sin título, 2011

ç



Sin título, 2014

100 x 100 cm
Maderas y cuero
sobre madera



Maderas V

132 x 122 cm



Maderas II, 2025

122 x 122 cm



Maderas I, 2009

118 x 110 cm
Maderas sobre madera



Maderas VI

122 x 111 cm



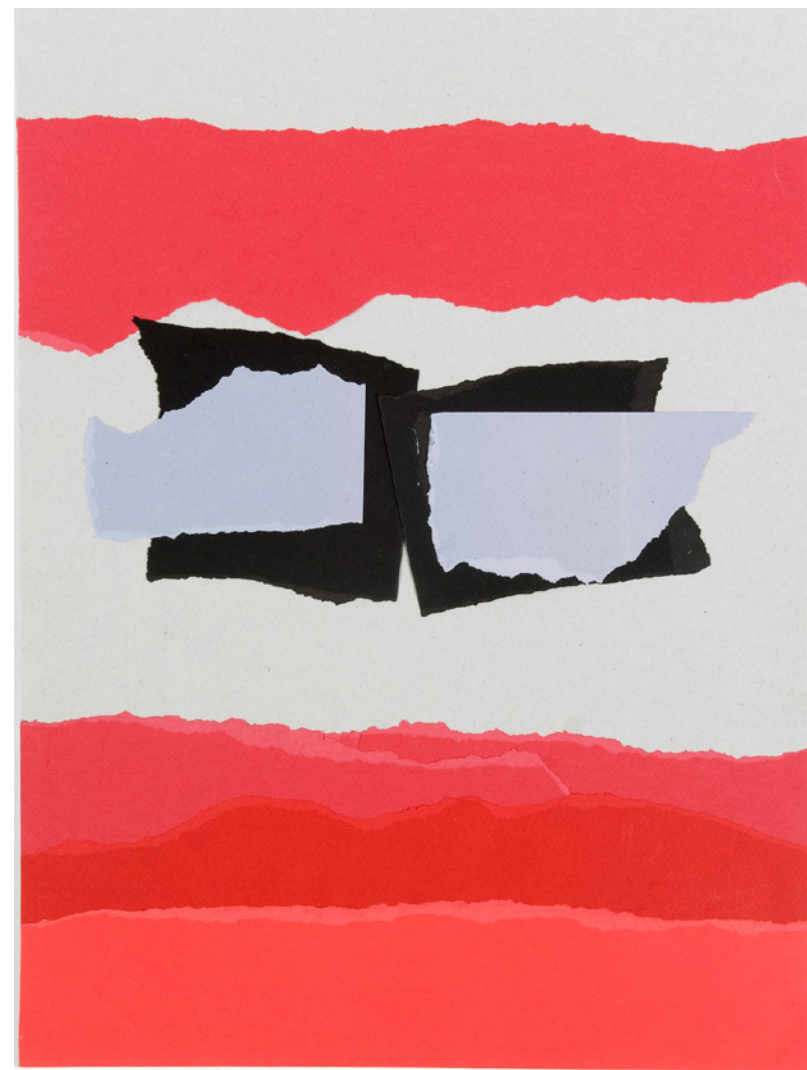
Maderas III

122 x 144 cm

130

131

278



279

Soneto en color I

69 x 56 cm

Papel sobre cartón



Frágil metal IV

96 x 82 x 25 cm

Metal con hoja de plata y oro,
sobre base de metal

280



Frágil metal III

96 x 92 x 25 cm

Metal con hoja de plata y oro,
sobre base de metal

281



Collage I, 2022

65 x 48 cm

Papel y cartón sobre papel



Collage II, 2022

65 x 48 cm

Papel y cartón sobre papel



Collage III, 2022

65 x 48 cm

Papel y cartón sobre papel



Collage IV, 2022

65 x 48 cm

Papel y cartón sobre papel

328



329

Collage I, 2000

50 x 70 cm

Papel sobre papel



330

Collage II, 2000

50 x 70 cm

Papel sobre papel



331

Collage III, 2000

50 x 70 cm

Papel sobre papel

*Collage IV, 2000*

50 x 70 cm

Papel sobre papel

*Collage V, 2000*

50 x 70 cm

Papel sobre papel



Collage VI, 2000

50 x 70 cm

Papel sobre papel